

# Jesús por Mariñas

Memorias desde el corazón

*Con la colaboración de*

PEDRO NARVÁEZ

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> .....	13
Jesús y Mariñas .....	21
Así empezó todo .....	34
Cuando Carlos Larrañaga enamoró a Cary Grant... y a muchos más .....	46
Vicente Parra: Alfonso XII estuvo en mi cama ....	53
¿Cuándo se jodió Barcelona? .....	56
Un circo ambulante: de Ibiza a Nueva York .....	64
Dalí y la maldad de Gala .....	67
Duelo de esposas y amantes en el Liceo .....	70
Las alegres chicas de Colsada .....	76
La falda escocesa de Fraga .....	79
Isidro: el descubrimiento del amante .....	81
El sexo .....	86
Vilallonga y López Vázquez, las dos caras de España .....	88

El bigote de Isabel Pantoja: la crónica rosa	
llega a la radio .....	90
Caballé, una amistad más allá de la muerte .....	95
La gran mentira de Julio Iglesias .....	104
Raphael y Julio, el duelo .....	119
El maquillaje derretido de Marbella .....	124
Carmen Thyssen, la obra maestra	
de su madre .....	129
La mano que escribió <i>Pascual Duarte</i> acarició	
mi rostro .....	131
Antonio el Bailarín, la duquesa y los secretos	
de las altas camas .....	135
Estirados al nacer .....	146
La primera fila de la alta costura .....	153
<i>Tómbola</i> , ¿qué podía salir mal? .....	155
Fundido en negro para Bárbara, el rey	
y Zaplana .....	162
Un espía al servicio de su majestad .....	165
La tarta de hachís de Carmina Ordóñez .....	173
«Diferente»: la época en la que había	
que esconderse en el armario .....	177
A solas con Rocío Jurado .....	180
De la crónica rosa a la negra .....	188
El 92 de Caballé y Freddie Mercury .....	194
Celia Gámez se me aparece en sueños .....	196
El amor secreto de Nati Mistral .....	200
Los hijos que no merecieron a Sara Montiel .....	205

Isabel Pantoja y Encarna Sánchez: toda mi verdad .....	211
Un hijo de puta para Lola Flores .....	218
Carmen Sevilla, la mujer que dormía a las ovejas .....	223
Marujita Díaz y la bendición del papa .....	229
Pasando revista a Lina Morgan .....	233
Herrera, la otra Lola .....	240
Retrato incómodo de Marisol y su madre .....	244
Rocío Dúrcal y la ambigüedad de Junior .....	248
Reflejo en una televisión apagada .....	255
El tiempo feliz e infeliz de María Teresa Campos .....	258
¡Que te calles, Karmele! (para siempre) .....	263
El día que José Manuel Parada se vistió de Sara Montiel .....	267
Las otras bodas de Chelo García Cortés .....	272
La portada que estuvo a punto de no salir .....	276
El Cartier de Belén Esteban .....	279
Nadie me conoce .....	281
Elio y yo .....	287

## PRÓLOGO

Un punki en un mundo rosa. Jesús advierte de que no se acuerda de nada. Hay que tener fe para proseguir con la idea de que dictará sus memorias. Fue el hombre que siempre estuvo allí para los demás menos para él, por lo que se ve. Los recuerdos tienden a crear una realidad diferente a la experimentada. La felicidad se vuelve dolor y la herida se cura. Mariñas no tiene solo la intención de recordar chismes de personajes de pacotilla, que también, sino de cortar con navaja ese ojo que los veía.

A Mariñas lo encontraba en lugares que a mí también me parecen agujeros negros que nos hubieran tragado. De alguna manera, hacer que él evocara es una forma de acordarme de mí mismo. En el primer número de *La Razón* (noviembre de 1998), la contraportada estaba preparada para un artículo suyo que nunca llegó. Yo le sustituí. Me temblaba el cuerpo. Ahí empezó todo.

Hace años lo vi en una de esas fiestas en las que uno se cree parte de un universo elegido, una estrella con el nom-

bre en la mesa, vestido de esmoquin, cerca del escenario. Aquel traje de Dior era tan ajustado que se me ha quedado pequeño. Vi a un periodista, un colega, con unos folios cortados del tamaño de una libreta en la mano, que siempre me llamaba Pedrito, a pesar de que no me quedaba un pelo del original negro, y que desaparecía entre el bullicio; a un señor curioso a pesar de haberlo visto todo. A un renacido en su decadencia de colorines. Un auténtico bribón. Le dije que su vida merecía ser vivida de nuevo.

Si Jesús no fuera de verdad, no nos interesaría. Para qué perder el tiempo con otro impostor. Ya forzamos demasiadas sonrisas. Pero este sinvergüenza tiene asuntos que vomitar aunque sea a trocitos, como comprobarán. Sé muy bien que está algo desgano. Todo ha sido escrito de alguna manera por él a pesar del cansancio de verme. Sé que hay momentos que se han despistado, otros que se han perdido para siempre en su cabeza y algunos que ha rescatado antes de que murieran. Si esto fuera una serie, habría segunda temporada. Ha elegido a sus personajes fetiche y a otros que pasaban por allí.

Jesús coteja su propia memoria histórica. Al cabo, nadie se acuerda ya de los últimos ministros, pero Rocío Jurado y Montserrat Caballé seguirán marcando nuestro relato sentimental. Veía por televisión a chulos de cuarta y jineteras al peso, tan lejanos a las portadas de cuando las revistas, en la época del papel, significaban una entrada al paraíso, que quería saber qué nos había llevado a que las primeras planas de hoy reflejen en ocasiones la cutrez de existencias peores

que las nuestras. En esta época de serotonina, de antidepresivos forzosos, el común se distrae con la teletienda y el runrún de algunos programas que le avisan de que lo que queda de sus vidas es un derrumbamiento compartido. Mi vida está jodida, pero la tuya también, cabrón, mira cómo te zumban en la tele, al cabo eres la misma mierda que yo. Te has separado, tus hijos no te quieren y vienes aquí para no firmar por un trabajo precario.

La historia de un país puede contarse de muchas formas. Hay tantos relatos como eminencias dispuestas a darles forma. Por eso también interesa qué tal ejerce Mariñas el papel de historiador sin el manual de lo políticamente correcto a mano. Sus crónicas son una manera de destripar una sociedad. En ese sentido, Jesús aparece como un agente subversivo aunque él no lo sepa, un revolucionario *avant la lettre*, un punki, mucho más moderno que las plañideras que se sientan a la hora de la siesta a dictar al pueblo la verdad que los pobres no conocen. Jesús no tiene nada que perder. El rey Juan Carlos le llamaba para interesarse por lo que decían de él, la duquesa de Alba le despertaba a las seis de la mañana para estar al tanto de la calle. Ha convivido con personajes de nombres mayúsculos de los que hoy la mayoría habla de oídas. Algunos aguardaban el momento para darle una paliza. Ha llegado muchas noches con la melancolía pegada a las suelas de los zapatos. Es un perfecto agente naranja con los pelos justos en la lengua.

Va a tratar de morir no demasiado pronto, aunque sé también que piensa que el final llegará tarde o temprano y

le pillará desnudo, que es como mejor se encuentra. Mariñas está en su mejor momento, el del recuerdo de lo que fue y de lo que vio. Si un periodista merece que alguien le ponga una alcachofa en los morros ese es él, quién si no. Este no es el prefacio del crepúsculo de un dios, sino la exclusiva de su vuelta al centro de la actualidad, ese lugar desde donde se hizo salvaje, insoportable, perverso y genial. Mariñas cuenta y se calla. Aprendamos a entender qué esconden sus silencios y los puntos suspensivos...

Nos citamos a veces en el restaurante Casa Lucio. Allí Jesús es parte del mobiliario humano. Nos sentamos en una mesa que dibuja un rincón al final de uno de los salones. Junto a una ventana que da a la Cava Baja. Todo el mundo le conoce. Ese día lleva unas bermudas rojas y un polo, también rojo, de Gucci. Imposible no verle. Es una extravagancia trasnochada. O tal vez un moderno al que aún no le ha llegado la hora. Hace un calor semielegante, como de *La ventana indiscreta*. Nos besamos. Los clientes le interrumpen.

Siempre llegaba primero. Lo encontraba esperando. A veces con cierto fastidio por la impuntualidad. Jesús quiere dar a los encuentros un estilo formal. Se nota que ha calculado la ropa que finalmente ha elegido. Lucio, el dueño del local, se acerca a saludarle. Se enfrasan en una conversación amigable sobre la calidad de los platos, si estamos comiendo bien y cómo le va a cada uno. El ruido de la sala

convierte su cháchara en parte del murmullo. Se repetirá en cada visita.

Verán que cuanto más atrás, más preciso es su relato. Parece un reloj engrasado que con el paso del tiempo se desajusta. Tal vez por eso Jesús vuelve a lo largo de su relato, y de las conversaciones en la mesa, a La Coruña, donde nació, al tiempo de las librerías y los teatros. Al origen de una familia que disfrutó de oídas. A las novelas románticas de la colección Pueyo que se vendían en el negocio familiar «de mi tío Alejandro Pueyo, casado con mi tía Manolita»; aquellas portadas de los años cuarenta y cincuenta del estilo de los carteles de cine: *Un rey y un amor*, *Media boda y un matrimonio*, *Marionetas del destino*. Conserva una colección en una de esas estanterías que de tan repletas solo se ve un conjunto barroco del que hay que extraer los objetos haciendo un *zoom* a cámara lenta.

La costumbre acabará por desbaratar la formalidad hasta acabar en su casa. Primero sentado en el sofá con los brazos cruzados, la serpiente se enrosca. Después, derrumbado en pijama mirando al techo mientras habla, descalzado de las zapatillas, ya con la sensación de que le importa un bledo que le vea recién salido de la cama. La rutina convierte a un *gentleman* coqueto en un descuidado vestidor. Elio, su marido, hace las veces de Celestina, cierra su agenda y aparece de vez en cuando para rematar una frase con la labia extrovertida e hiperbólica de un maestro de ceremonias. Una anfetamina frente a un lorazepán. La quietud de uno y el «espídico» frenesí del otro crean un

ambiente en el que nunca es invierno ni verano. Un microclima *kitsch*. Por él descubrí que un hombre, como verán, tiene dos memorias. No sabría aseverar cuál es la auténtica. Y que más que a las personas, se ama los recuerdos. El creador de la crónica rosa en España no sabe que lo es. Digamos más bien que le apura reconocerlo.

Vive en una sucesión de altares. Un salón en el que apenas cabe un respiro. Recibe un ninot con su figura, indultado en los tiempos de *Tómbola*. Alrededor del sofá se expande una galería de fotos enmarcadas en un desorden obsesivo, colocadas una delante de la otra, varias capas que habrá que ir descubriendo, como a él mismo. Es una lucha por ver quién consigue la primera plaza. Si se mueve una pieza, Jesús se levanta para volverla a poner en el lugar que ya ocupa en su mente. Toda su vida está contenida en esos momentos. Una lleva a la otra y dialoga con la siguiente. No hay un orden cronológico. Es de un contraste abrumador. Parecen colocadas al azar por un dios caprichoso que traza el mapa caótico de una cabeza ordenada. Se mezclan con pequeñas representaciones de arte erótico —«el erotismo es muy plástico», dice—, vírgenes, cajitas de porcelana, cuadros naif tailandeses y dominicanos, y máscaras de carnaval. Pasado el salón, un pasillo angosto conduce a una especie de vestidor que parece el guardarropa de un teatro abandonado y que desemboca en su dormitorio. Se adentra caminando a pasos cortos. A veces he visto la nuca del anciano que será mientras se alejaba. La cama está deshecha. Sábanas granates. En la mesita de noche los

objetos se ahogan en la dulce travesía de un naufragio. Sobre la cama y a su izquierda, en la pared, cuelgan cuadros de San Francisco Javier: «Fui a Goa a visitar su tumba», recuerda Jesús.

Y al final, el baño. De nuevo San Francisco Javier, un libro que descansa en el bidé, junto al váter. Encima, un cuadro de Gregorio Prieto. El lavabo es un catálogo de perfumes y de cremas que dice que apenas usa. De vuelta al salón, una portada de *Tiempo* anuncia «Los secretos de *Tómbola*». Cada imagen esconde una noticia o una vivencia personal. Un escaparate de la fama en el que se repiten Montserrat Caballé, Sara Montiel, el rey Juan Carlos, Rocío Jurado, Nati Mistral, Carmen Ordóñez, los Larrañaga..., junto a trozos de intimidad: su madre; Isidro, su pareja durante años; Elio...

De vuelta a Lucio. Siempre invita Jesús. Nos sientan en la mesa de siempre. Ha pasado otra revisión médica. «Estoy bien», asegura al desaire: «Sé que moriré del corazón». Si fuera una entrevista al uso, sería un titular. Me anuncia que ansía viajar a Marruecos esta temporada. Me anima a que le acompañe y enumera los sitios que podríamos visitar: el teatro de Tánger, un bar de Asilah y los lugares que merodeaba con Carmina Ordóñez en Marrakech.

—No podrás hacer unas memorias de tus memorias—le atosigo—. Después de esto no habrá nada.

Hay zonas en sombra que ya no pueden iluminarse.

## JESÚS Y MARINÑAS

**A**noche soñé que volvía a Bocaccio. Estábamos disfrazados de romanos. Había un elefante aparcado en la puerta. Ya casi de día. Pitito Gamir, el *showman* de la discoteca de Barcelona, iba de Julio César. Me despierto empapado de algún recuerdo y hasta que no se acaba el duermevela vivo con Celia Gámez. Hoy ha sido ella la que me ha tocado la frente con incienso antes de que abriera los ojos y viera a San Francisco Javier, mi santo, en la mesilla. No rezo. Duermo en una cama *art déco* con un cabecero escalonado simétrico, con la parte más alta en el centro. De ese estilo son la mayoría de los muebles de esta casa. Siempre me acurruco del lado izquierdo. Dejo la almohada marcada como un gato que se resiste a dejar su rincón preferido. Todos somos putas, joder, que nos conocemos, pero cada día nacemos vírgenes.

El pasado me lo echo a la espalda sin que se note la joroba. Intento que no pese. Les aviso de que me resulta imposible retenerlo todo. Lo que para algunos pudiera

parecer extraordinario, yo lo he olvidado. Sí, una vez esto que veis fue un bigote. Era hasta guapo. Hoy son pelillos a la mar. Aquí suena «O mio bambino caro» y resucita Montserrat Caballé sin que parezca un fenómeno paranormal. Mi cuarto de baño es un fresco barroco en el que apenas tengo espacio para mí. Padezco algo parecido al síndrome de Diógenes: acaparo, ansío, deseo. Me place notar otro cuerpo. Canalla. Un poco cabrón. Cada vez que me siento en el váter veo los discos de la diva y otros de una ópera en la que alguna vez ha actuado para mí. Podría copiar la partitura si supiera hacerlo. Dirigir mi propia orquesta.

La vida fue un banquete en el que me invité mientras los emperadores y las fulanas, o quizá era al revés, mordían las uvas. Yo miraba a la cámara, aunque en realidad estaba detrás, como en una película de Fellini. Tuve a mis Marcello Mastroianni, ¡cuánto los quise! Muchas noches invoco a los espíritus para que no me dejen solo. Me tiemblan las manos. Apenas se dan cuenta los que me ven en movimiento. Tengo setenta y ocho años. No estoy mal de salud. O eso me dicen. Acarreo algunos achaques, para qué nos vamos a engañar. Padecí cáncer de piel, una bacteria casi me mata y ahora... Queda todavía para que firme mi epitafio. «Adiós, mundo cruel», que era el preferido de Nati, la Mistral. Nunca quise ser protagonista, pero hoy, lo que es la vida, me presento como cabeza de cartel.

Me siento siempre en un sofá junto al único balcón de mi casa que da al exterior, una calle extrañamente tranqui-

la cerca de la plaza de Ópera. En una bandeja, una botella de agua con gas. No siento tristeza, pero sí nostalgia. Fui testigo de las historias que conté. De las juergas de la *gauche divine* y de todo lo que se cocía en Barcelona, del Liceo al Paralelo. Del Madrid de los años ochenta, donde se mezclaban marquesas y cabareteras. De Marbella, aquel falso decorado. De mis divas... Bueno, quizá un poco de tristeza sí porque todo aquel mundo en el que me movía ha desaparecido.

No pienso nunca que ya no me queda tiempo para hacer muchas cosas. Me tengo que morir como todo el mundo. Noto cómo pasan los años sin depresión ni angustia. Duermo con la conciencia tranquila porque no he puteado a nadie... que no se lo mereciese. Puedo demostrarlo. Si he hablado mal de alguien se lo habría ganado a pulso. No acarreo una lista de odios ni un petate de resentimientos. Es una pérdida de tiempo. No me va a reportar nada, solo incomodidad. Que digan, que hagan, me da lo mismo. No detesto a nadie. Si alguien me produce rechazo, desaparece de mi vida. Es mi autodefensa.

Echo de menos algunas etapas en televisión, los veinte años con María Teresa Campos, otros tantos en la radio con Luis del Olmo en *Protagonistas*; nunca me he compenetrado tanto en el trabajo. Y los ocho de *Tómbola*, por lo que supuso ese nuevo estilo de tratar el corazón. Nos ponían a parir. ¿Malo? No creo haberlo sido. He estado muy comprometido con mi profesión, he sido muy exigente y, sobre todo, me ha gustado contar las tres patas de la mesa y no las

cuatro, que es lo que se espera, lo habitual. Encontrarte con una mesa con tres patas, eso tiene su intrínquilis. Necesita un equilibrio. Y eso es lo que me ha llamado la atención, ofrecer las tres patas de la noticia, no lo evidente. Esa manera de actuar provocó que mucha gente me asaltara:

—¿Cómo publicas esto?

—Pues porque es mi trabajo.

Para mí es como el hecho de afeitarme, una necesidad. Puede que ciertos personajes se mostraran muy sensibles o muy susceptibles, y quizá también se aprovecharon de que hablase de ellos porque engrandecía lo que a veces no era tan importante.

No sé si di grandes exclusivas. Debió haberlas, pero imagínense, han sido tantísimos años con una crónica diaria, escrita o radiofónica, que me resulta imposible rescatarlas. No he llevado una agenda ni he hecho anotaciones. Me parecía absurdo. Pensaba que lo que había que recordar lo recordaría y lo que no, mejor olvidarse de ello. Creo que me he caracterizado siempre por la precisión de mis informaciones. Nunca he recurrido al «según se dice». Yo afirmaba. Si no tenía esa seguridad, no lo contaba, no lo comentaba o no lo decía. Y eso me causaba muchos problemas.

—¿Y cómo sabes eso? ¿Y quién te lo ha soplado? —me preguntaban.

—A ti te lo voy a decir —murmuraba yo.

Nunca he sido una persona conflictiva, de generar problemas. Los he creado como consecuencia de los asuntos que destapaba, no intencionadamente ni por provocar

incomodidades. Todo ha sido consecuencia de mis ganas de informar lo mejor posible sobre lo que sabía con todo lujo de detalles. Eso no lo ahorra nunca. Nadie me ha regalado nada ni lo he pedido. Y no me ha ido mal, gracias a Dios. Bueno, también podía haberme ido mejor.

### **Todos ellos siguen aquí, junto a mí**

Repaso algunas de las fotos que me rodean. Veo a Rocío Dúrcal, Amparo Rivelles y la Montiel en una comida. A Dúrcal ya se la nota un poco hinchada. Había vuelto de América y eran visibles los efectos del tratamiento que recibía. En otra, Carmen Ordóñez. A su lado, mi madre, en Estambul, sobre el puente de Gálata. Cada año íbamos a un lugar diferente.

La gran Caballé, con la siguiente dedicatoria: «A mi siempre amigo Jesús, agradecida en mi cincuenta aniversario». Le sigue otra también con Montserrat: «En mi sesenta y dos cumpleaños, con la amistad de siempre y mi cariño más sincero, abril de 1995». Y esta es una foto para la historia: están juntas la Mistral, la Jurado, la Espert, Pedro Ruiz, Terenci Moix, Sara Montiel... No falta nadie. Fue en una comida que organicé para que todos felicitaran a Montserrat. Año 1988. La foto se la dedicó Caballé a Nuria Espert y a Armando, su marido, y no sé por qué no se la di nunca. Pensé que aquella celebración sería un fracaso y hubo que improvisar una mesa enorme.

La Jurado y la Caballé se saludaban, pero poco más. Llevé a Montserrat a que viera actuar a Rocío. La primera no quedó convencida del todo porque era muy lista y vio lo larga que era la segunda. Rocío lleva en la imagen un sombrero de paja, totalmente inapropiado para esa hora. No tenían nada en común.

Me río al verme en una instantánea de cuando empecé a dejarme bigote. Fui a Puerto Rico, todo el mundo lo llevaba, me decían que me quedaba bien y ya no me lo quité. En esta otra, Margot Fonteyn, la primera estrella del Royal Ballet, con su marido, que era español, en el Covent Garden de Londres. Elizabeth Taylor, que inauguró una edición del festival de cine de Marrakech, en aquel momento todavía era la Taylor de *Cleopatra*.

Nunca puse fecha a las fotos porque no me gustaba joderlas. Fue una equivocación, luego me di cuenta de que al cabo de los años te olvidas. Me paro en Néstor, estuvimos juntos un año y pico en Barcelona, hasta que se cansó y me dejó. Se dedicaba a la fotografía artística. Era muy guapo. Ya murió. Traje sus cenizas a Madrid. Para que no estuviera solo en Barcelona. Ahora me detengo en Isidro, aquel amor, en su casa del Ampurdán y otra montados los dos en un elefante en Bombay, la primera vez que fui a la India.

Me gusta una tomada el día que invité a Montserrat a ver por primera vez a Lina Morgan en el teatro Apolo de Barcelona. Julio Iglesias, en el acto de entrega de la Llave de Barcelona. En tiempos, mi queridísimo Julio. Yo era el

único que lo defendía al principio en España. Todo el mundo le daba caña porque lo encontraban soso, parado y poco expresivo. Con don Juan Carlos tengo muchas, siempre he sido un admirador suyo. Es que a mí me trataba como me trataba... La Mistral con Terenci. Eran muy amigos. Terenci el mitómano. Fue muy fan de Sara y de las italianas, de Gina, de Sofía. Fuimos íntimos. Para mí, Terencio o Terens.

Me provoca un cierto cosquilleo una en la que estoy abrazado a la Jurado en el Rocío. Allí que me iba diez días cada año. Era una lata, pero había que estar en la pomada. Y la familia Larrañaga al completo. Carlos, María Luisa Merlo, sus cuatro hijos y la madre, María Fernanda Ladrón de Guevara, una de las mujeres más elegantes de España, la que me introdujo en esta guerra profesional.

## **Por qué me llamo Mariñas**

Nunca me puse metas ni objetivos, aunque de pequeño tenía no la ambición, pero sí la necesidad de llegar a algún sitio. Mi familia era gente importante de La Coruña, no lo digo por presumir. Tenían las dos únicas buenas librerías de la calle Real en los años veinte. En una de ellas, la del número 63, celebraban tertulias Fernández Flórez y Julio Camba. Pero la opulencia desembocó en necesidad. Mi madre lo que quiso es vivir. Se enamoró de mi padre, Javier, un hombre casado, de buena cuna, de los García Ba-

rros. Tenía hijos muy cualificados. Uno hasta llegó a jefe de la Falange coruñesa, Jorge García Barros. Pero le chuleó todo el dinero que había heredado de mi abuelo, Lino Pérez, que llegó a tener cinco teatros de su propiedad, un especialista en contratar coristas, de la bella Chelito a Raquel Meller. Mi abuela siempre presumía de unos pendientes de oro que mi abuelo le había regalado con lo que le hicieron ganar aquellas cupletistas. Decían que era un americano en La Coruña, por lo emprendedor. Imagino que también sería un granuja porque, claro, no haces dinero si no es haciendo trampas. Todo un personaje.

La relación no fue un capricho pasajero. Aquella historia duró doce años. Nunca se casaron. Tuvieron cuatro hijos. Durante la República los nacidos de madre soltera podían llevar el apellido del padre. Mi hermano Javier, que fue el segundo y el único reconocido, se llamó Javier García, y yo, el cuarto, llevé el de mi madre. Por eso me llamo Pérez Mariñas. Nunca me apenó, nunca me apesadumbró ni nunca me traumatizó. No me gustaba que dijeran hijo ilegítimo, porque era tan legítimo como el que más, pero bueno... Y me conocen como Mariñas porque así lo quiso mi primer director en *La Prensa* de Barcelona. Me afeó que Jesús Manuel Pérez era muy provinciano y me exigió que firmara como Jesús Mariñas. Era un tío genial. Escribía como los ángeles, pero lo hacía mal a máquina, así que componía a mano y yo le pasaba los originales. Mariñas me quedé y Mariñas me moriré, afortunadamente para mí.

## Dándome rienda suelta

Mi abuela Mariñas, la dueña de las librerías, rompió toda relación con mi madre. En cuanto a mi padre, nunca hablé con él, ni mi madre me habló jamás de él. Mi abuela, después de enviudar, controló la distribución de todos los periódicos que llegaban a la ciudad y un amigo consiguió que mi madre se encargara de un quiosco del ayuntamiento, en la calle Fernández Latorre. Con seis o siete años me levantaba a las cinco de la mañana. La acompañaba a recoger los ejemplares en los talleres de *La Voz de Galicia* y de *El Ideal Gallego*, y los repartía a los suscriptores. Me pateaba las calles con un gorro de aquellos que te tapaban las orejas. La gente me llamaba El Coreano. Así hasta que cumplí diez y empecé a quedarme en el negocio desde las ocho de la mañana.

Aun así, no considero que mi infancia fuese desgraciada, aunque el ambiente en casa a veces no era el más apetecible. Un ejemplo: mi hermano Javier formaba parte del Frente de Juventudes. Quise ingresar y se negó. Seguramente pensaría que no merecía tal honor o quizá no le gustaba la idea de tenerme cerca. No me consideraba capaz de dejarlo en buen lugar. Era muy introvertido, serio. De pequeño fue tierno conmigo, pero luego cambió y se convirtió en un tirano. Antes de irse a la mili, con veinte años, me daba una paliza cada vez que me escapaba a jugar con mis amigos.

Tal vez haya una explicación para aquellas palizas. Quizá ya sabía lo que su hermano escondía. Me explico. Lalo y yo

nos sentábamos siempre en un peldaño que había en una chocolatería frente al quiosco. Era nuestro lugar de reunión. Y también en su buhardilla. Fue el primero que me introdujo en el sexo... La tenía muy gorda, de eso me acuerdo. La relación consistía en meneársela y punto. Sin besos ni nada. Al grano, directamente. Él vivía en el último piso. Nos sentábamos en la escalera. Sabíamos más o menos los horarios de los vecinos. Y allí dábamos rienda suelta. Bueno, yo le daba más rienda suelta a él que él a mí. Porque ni me tocaba. Sentía que no era como los demás. Lalo debía tener catorce años. Era un tío más que guapo. Me gustaba, y encima bien dotado... No creo que a Javier le agradaran mis andanzas.

## **El hijo de Manuela**

Mi madre vivió con una amargura tremenda, con tristeza por lo que había hecho a conciencia y de lo que al final se arrepintió. Imaginen, liarse con un señor casado y tener cuatro hijos con él en aquella La Coruña, en aquel tiempo, en aquel país, era un estigma. Supongo que la señalarían por la calle porque nunca dejó de ser la hija de Lino, la que llevaba una de las librerías, hasta que pasó al quiosco, del oropel a la precariedad. De vender Blasco Ibáñez a *La Voz de Galicia*. Lo principal eran los periódicos del día. Entonces no había ni revistas.

Mi hermano llegó a echarle en cara en mi presencia que se había fundido la herencia que nos correspondía.

Entonces era muy pequeño y no supe reprochárselo. Soporté el remordimiento por no reaccionar, pero no tuve el empuje. A fin de cuentas, era el dinero de mi madre. Y lo derrochó con mi padre. Se compró un chalé en el que vivían las «orgías» de aquel tiempo. Si hay un saco sin fondo y no es tuyo, gastas y gastas, y cuando se acabó, le dijo «ahí te quedas», con dos hijos. Suerte que el primero y el tercero se murieron de pequeñitos, que antes por lo visto los niños se morían... El mayor, Jaime, y el tercero, José Antonio. Los cuatro con la letra jota. Quedamos Javier y yo.

En el barrio de los mayos, Padre Rubián 63, tercer piso, vivíamos mi madre, mi hermano y su mujer, y un servidor. Aquellas paredes escondían un infierno. Mi cuñada le hizo la vida imposible. Mi madre era culta y cultivada, y la otra, una mala bestia, como se dice en La Coruña, una mala *besta*. Una chica de aldea de la que Javier se enamoró. Mi madre quiso instruirla:

—Te voy a enseñar a bordar —le sugería.

Y mi cuñada ponía cara de rechazo.

—Te voy a enseñar punto de cruz.

Y tampoco. Mi cuñada la maltrataba, si no de obra, de palabra. Una vez le espeté a mi hermano delante de ella:

—Pero no ves cómo hace sufrir a mamá, ¿no tienes cojones o qué?

Para qué les cuento la que se armó. Dejamos de hablarnos. Hasta que por suerte abandoné aquel nido de reproches y, al tiempo, me la llevé a Barcelona. Estar con ella suponía una delicia. Era muy divertida, con muy mala le-

che, gallega, certera, atinada. Contaba la prehistoria de lo que estábamos viendo. Cada año íbamos de viaje a un sitio diferente. Londres, París, Nueva York... Un día se rompió la cadera y se cayó, o se cayó y se rompió la cadera, eso que pasa y nunca sabes qué es lo primero. La llevé al hospital.

«¿Llamo a mi hermano o no lo llamo?», me preguntaba. Mis amigos me aconsejaron que lo hiciera, también era su hijo y tenía que saberlo. Y le avisé. Imaginen la escena. En el hospital esperando su presencia. «Habrà cogido el avión de las ocho y aparecerá sobre las diez», me decía. Dieron las doce y aún no tenía ninguna noticia. «Habrà decidido viajar en coche con mi cuñada y mi sobrino, y llegará a media tarde», pensé. Hasta hoy. No mandó ni un clavel. Ella preguntaba por él y yo la calmaba con un engaño: «Estará de camino». Se moriría con esa pena.

Al final de sus días la llevé a una residencia. Ya era imposible tenerla conmigo, padecía de incontinencia urinaria. A las chicas que la cuidaban en casa no les gustaba eso de limpiarla. Entonces ganaba ciento noventa mil pesetas y la residencia costaba ochenta mil. Cuando la ingresé, la encargada me preguntó:

—¿Con o sin silla?

—Yo qué sé, usted sabrá.

—Mejor con silla porque durará seis meses.

—¿Y cómo sabe usted que durará seis meses?

Pues de mayo a diciembre. Murió de vieja. Que antes morir de viejo se ve que era una cosa bastante frecuente.

Se apagó poco a poco. Me quedé partido. Enterrarla me costó ciento treinta y siete mil pesetas. Yo tenía ciento cuarenta mil. Luego, cuando enfermó mi hermano, avisó mi cuñada. Pensé que no merecía que me preocupara y, a la vez, que a mi madre le hubiera gustado, así que le llamé. No nos reconciamos, solo hablamos. Falleció el 26 de abril de 2002. Al morir mi cuñada, en 2014, fue mi sobrino el que informó. «Bien muerta está», me dije.

También supuse que mi madre lo hubiera agradecido a pesar de todo y asistí al entierro, solo al entierro. Hoy pienso que mi madre se sentía orgullosa de mí y que no me lo repetía mucho para no envanecerme.